

único posible animador. La gesta cinematográfica vendría a dar al héroe el vigor que le falta a la «hazaña» literaria. El poeta, demasiado seguro de sí mismo, ha subordinado lo esencial a lo accesorio, el héroe al juego retórico.

Y si nos sorprende con imágenes tan bellas como ésta:

...el volantín que los niños recogen del cielo, cuando tres niños se hacen cien manos (pág. 32),

en la que hay una comprensión de la línea y el movimiento muy cinematográfica, en cambio se entretiene en jugar con las palabras de la pueril manera con que en esta ocasión lo hace con los moros y las moras:

Mientras va cayendo la tarde y Rodrigo sueña en tragarse a todos los moros del mundo, Jimena sentada en una piedra a los pies de su castillo, está comiendo moras con los labios pintados de negro sonriendo al crepúsculo. (Pág. 46.)

Podrá esto tener la gracia del chiste y el *calembour*. Pero más adelante (pág. 123) el mismo poeta habla de Waterloo no sin advertirnos con delicada generosidad: «Felizmente no hubo *calembour*.»

En todo caso, por graves que sean los reparos que a *Mío Cid Campeador* pudieran oponerse, hay que reconocer en la «hazaña» de Huidobro un esfuerzo muy plausible por dar una nota original y fuerte. Como en toda su obra, ha perjudicado al poeta su afán gesticulante de novedad a cualquier precio. No han servido los años para convencer a Huidobro de que nada importa la poesía nueva

cuando no es poesía. A él le ha importado, y por desgracia le ha bastado, que sea nueva aunque no sea poesía.

Después de haber agotado todos los cosmopolitismos más o menos espectaculares, hasta llegar a aquello, que alguna vez hemos comentado risueñamente, de llamarse Vincent Huidobro, se incorpora a la raza con un poema de intento ambicioso y anuncia las «hazañas» de Hernán Cortés, Cristóbal Colón, Lautaro y acaso Simón Bolívar. Si Vicente Huidobro cumple lo que promete puede llegar el día en que se realice lo que hace doce años auguró Caninos Assens, su anticipado Juan Bautista: que su paso por España sea lo que fué para el movimiento modernista la estancia de Rubén Darío en la corte. Ya este libro puede hacernos pensar en Vicente Huidobro poeta español. Y con esto quisiéramos decirle el más alto elogio.—  
*Roberto Meza Fuentes.*

## EDUCACION

LAS ESCUELAS NUEVAS INGLESAS,  
por *Margarita Comas.*

Una de las más interesantes publicaciones pedagógicas de España y América es, sin duda, la *Revista de Pedagogía* de Madrid, dirigida por los más eminentes educadores de la Península y entre cuyos colaboradores cuéntanse casi todos los pedagogos y creadores de escuelas de

Europa. Dicha revista tiene, además, una sección editorial de obras pedagógicas que lleva publicados numerosos libros de difusión y teoría. A esta sección pertenece el libro de Margarita Comas.

*Las escuelas nuevas inglesas* estudia un poco el desarrollo de la educación en Inglaterra y, más ampliamente, las orientaciones que en los últimos tiempos se han agregado a sus programas. El concepto de escuela nueva tiene en Inglaterra una acepción casi vieja.

Si la escuela nueva fuera sólo, según la definición de Grunder, «escuela educativa, de internado, donde los hijos de padres pudientes reciben una educación racional y una instrucción integral, armónica, moderna, con aplicación de métodos modernos», habría que describir aquí casi todas las *Public Schools*, datando a menudo de la edad media, porque por tales caracteres o gran parte de ellos, merecerían desde tiempo inmemorial ese título, ya que muchas de dichas condiciones que son, en efecto, nuevas en Francia o España, han sido importadas precisamente del país que nos ocupa.

La diferencia que se observa entre la escuela antigua inglesa y la escuela antigua de otros países, que en relación con la inglesa aparece más antigua aún, se debe al hecho de que en Inglaterra la educación no ha estado nunca a cargo del Gobierno. Esto, junto con dar al sistema educativo una gran elasticidad, ha permitido la realización de un número ilimitado de ensayos particulares, los cuales han hecho progresar la educación inglesa hasta el extremo de poder servir de modelo a los de-

más países. El Gobierno reduce su papel al de simple protector y consagra, si le parecen beneficiosos, los planes que ensayan particularmente en sus escuelas los maestros de vanguardia.

La primera escuela nueva digna de llamarse así, pues en su programa se contemplaban puntos que no se habían tenido en cuenta aún, como una mayor autonomía de los alumnos y más extensa experiencia personal de ellos, fue la escuela llamada *Abbotshome* creada por el Dr. Cecil Reddie en 1889. A ella siguieron *Bedales*, *Clayesmore*, *King Alfred*, *Saint George* y otras.

En estas escuelas se encuentra entre los niños como dice Mrs. Ensor,

una mayor alegría de vivir, más iniciativa, más imaginación, mayor cultura general, y una inteligencia más abierta, porque la base de su educación es el desenvolvimiento de los poderes internos, y no la enseñanza de un cierto número de hechos relativos a un determinado número de materias. Los alumnos son dinámicos más que estáticos, creadores más que imitadores.

Pero, en realidad, en las escuelas nuevas inglesas se encuentra una gran variedad de orientaciones, pues mientras algunas se dedican sólo a preparar al niño para su lucha en la vida material, sin descuidar por eso la cultura y el carácter, otras, como la *Perse Grammar School Cambridge*, por ejemplo, que prepara niños para los cursos universitarios de Oxford y Cambridge, se cuidan, más que nada, de la parte intelectual y espiritual de la educación. Lo nuevo es el método, que en cada escuela pre-

senta diversos caracteres, pero que en el fondo están unidas por un hilo común. Los métodos de Montessori, Dalton, y los sistemas de Dewey y Dalcroze son aprovechados en casi todas ellas, algunas veces modificados.

Inglaterra es el país que más escuelas nuevas posee en la actualidad, pues mientras en Alemania, sin contar las de Hamburgo, hay sólo 19, allá aparecen 55, aparte de las primarias públicas que hacen ensayos. Han favorecido su fundación y funcionamiento diversas sociedades, como *Dalton Association*, *New Ideals in Education*, etc., sociedades formadas por profesores y padres de familia que ayudan al desenvolvimiento de las escuelas donde se educan sus hijos y, en general, a todas las que intentan alguna reforma en la educación.—*Manuel Rojas*.

## NOVELA

ANTES DEL MEDIODÍA, por *Ledesma Miranda*.

Pocos continuadores han tenido los novelistas españoles del siglo XIX y del comienzo del actual. La novela parece pasar en España efectivamente por una época de eclipse. Entran en ella módulos extranovelescos aunque seguramente de alta categoría estética, y la novela que comienza ensanchándose para darles cabida, termina por desaparecer, ensombrecida por los inoportunos in-

vitados. Así hemos visto perderse el concepto estrictamente novelesco de este género literario y proliferar en cambio las novelas-poemas, las novelas-tratados. La afición más frecuente — siempre extranovelesca — de los jóvenes novelistas españoles es el estilo. La novela no necesita estilo, y cuando lo tiene—a condición, es claro, de que no sea excesiva la cantidad de estilo en proporción a la de novela—, no hay sino agradecerlo. El estilo no es un valor estrictamente novelesco. Esto lo hemos visto a propósito de Benjamín Jarnés, sobre el cual se publicó en las páginas de esta misma Revista un detenido estudio el año pasado.

También lo vemos en parte en esta obra (1) de Ledesma Miranda, que es uno de los jóvenes novelistas españoles que más promete. *Antes del mediodía* es un libro de recuerdos de infancia y de adolescencia, trazado por el autor (que habla en primera persona) ante la inminencia del mediodía de su vida. Dos caracteres dominantes se reflejan en este libro. El primero es cierta morosidad, especie de tono lento, de origen evidentemente proustiano. El segundo es el cuidado del estilo, que llega a veces—muy pocas, desde luego—a parecer culterano y que se cuela hasta las conversaciones de los personajes, con lo cual estos salen hablando tan elocuente y aliñadamente como libros.

La huellas de Proust no está evidente sólo en la morosidad empleada por el autor en dar cuenta de sus

(1) Compañía Ibero Americana de Publicaciones. Editorial Renacimiento. Madrid, 1930.